

Los ondarreses levantaron sus remos a la una y treinta y siete minutos y veinte y ocho segundos. La tripulación del *Mamelena* aplaudió; los contendientes saludáronse. El vapor tendió la vela delantera sobre la cangreja y en proa izó la bandera nacional.

Quitáronse las valizas, y veinte minutos más tarde partían con rumbo a Lequeitio el vapor *Candabria* y el *San Nicolás*, llevando a remolque barcas y traineras. Cuando estaban a la altura de Motrico, fué cuando el *Mamelena* empavesó y comenzó el júbilo, cosa muy de aplaudir, pues de no haberse tenido paciencia, hubieran podido entender los bilbaínos que se trataba de amargar su derrota.

Decimos los bilbaínos, porque para ellos, aun más que para los ondarreses, que, al cabo lucharon, y lucharon noble y valientemente, es la lección que han recibido.

En Lequeitio ha habido estos días algunos entusiastas de los ondarreses que han llevado banderas y placas con grandes letras «Los invencibles». No han cesado de provocar a nuestros paisanos con sátiras y expansiones de júbilo por los suyos que más tendían a mortificar a los donostiarras.

Sirva de ejemplo lo ocurrido ayer, a la vez que de justo elogio al digno arranque de uno de nuestros remeros.

Estaban ya en sus traineras los donostiarras, dispuestos a hacerse a la mar, cuando apareció en tierra y cerca de ellos un bilbaíno, que les dijo: «Aún tengo mil pesetas contra vosotros».

José Sánchez, de la tripulación donostiarras, se puso en pie, sacó del bolsillo un duro, el último que le quedaba de su caudal, y tirándose al bilbaíno, le dijo: «Toma; no me queda más».

Peró por si esto no fuera bastante, véase lo que un bilbaíno ha escrito al *Diario de Bilbao*, en carta publicada en el número que ayer llegó a nuestras manos:

«Al llegar los remeros de Ondárroa que fueron conducidos por un remolcador bilbaíno fui a ver el personal que se presenta a la lucha, y aseguro a usted que juzgaré por el físico (si se me permite establecer comparaciones) esta gente se traga a todos los *Joshemariarras* con su trainera inclusive.»

Nosotros no tenemos que decir tan excelente observador más que ante esa boca abajo todo el mundo, no podemos menos de humillar nuestra cabeza y reconocer que, en efecto, ayer esa gente se tragó a todos los *Joshemariarras* con su trainera inclusive.

La lección hasido dura para que nos ensañemos en los ilusos proclamadores de «invencibles».

Las banderas que nos sirvieron de telégrafo sirvieron de adorno a nuestro carruaje en el viaje de regreso; pero, sin duda, al vernos de lejos en Zarautz, pensaron que traíamos al héroe de la victoria, Carril, ello es que en la preciosa villa entramos rodeados de una muchedumbre que aclamaba a los donostiarras y escuchando un repique general de campanas.

Si fuéramos gente de ellos, quiero decir de campanillas, propendríamos al cura de Zumaya, señor Behovide, para obispo o para director del Observatorio astronómico de San Fernando.

Todo lo merecía, me complazco en reconocerlo, así como en decir que poseo una tan magnífica colección de telescopios y un amor tan grande al estudio como el tantas veces citado sacerdote. Las últimas palabras que me dirigió el señor Behovide, estando yo ya en el coche fueron estas: «Mi felicitación y un abrazo al valiente Carril.»

Al entrar en San Sebastián vemos las iluminaciones y el jolgorio con que se celebra el triunfo y un amigo nuestro nos dice a boca de jarro:

—Voy a proponer a los bilbaínos que protesten contra la victoria de los nuestros.

—¿Porqué?

—¡Toma! porque la trainera de San Sebastián ha corrido con carril.—*Amece.*

**A bordo del «Mamelena núm. 3»**

Amigo director: Escribo estas líneas bajo la emoción que me ha causado la victoria obtenida por los remeros de la bella Easo, y no sé extraño que en ellas encuentre alguna falta, siquiera sea insignificante.

Ya le decía a usted que no pensaba moverme de Lequeitio mientras no se juzgase la regata, y ¡vive Dios! que así lo he hecho; y no me pesa porque he visto una de las fiestas náuticas a que más afición tengo.

Peró dejando los preámbulos a un lado pasaré a darle cuenta de la lucha, que ha sido heroica.

Las doce era la hora elegida para jugar la regata, y después de haber decidido la suerte

quién elegiría la valiza de la derecha y quién la de la izquierda, en la que resultaron favorecidos los de San Sebastián.

Carril escogió la primera, ó sea la de la derecha, con bastante extrañeza por nuestra parte por estar colocada la referida valiza en la costa, pues sabido es que entre los inteligentes se dice que el ir cerca de la costa es perjudicial por las repompas que se producen en el agua.

Por qué eligió la valiza de la derecha, cosa es que no me explico, pero como lo tengo a Carril por mucho más inteligente que yo en las cosas de mar, no quiero dar ni siquiera mi parecer.

A las doce en punto y puestas las lanchas competidoras en las valizas se quiso dar la señal con un disparo de revólver, pero rompióse el arma, y entonces se recurrió al toque de corneta aprovechando una que llevaba consigo un joven expedicionario.

Se acordó dar dos puntos con un intervalo de 30 segundos, rompiendo la marcha las traineras al oír el último punto.

Las doce y cuarto eran cuando las lanchas partieron como una exhalación, y en pos de ellas iban el *Mamelena* y el remolcador *Candabria*, de Bilbao.

A los cinco minutos transcurridos desde que comenzó la lucha, se veía que los donostiarras llevaban ventaja, y esta fué aumentando ya en todo el recorrido, pues a la media hora llevarían unos 50 metros.

Las dos lanchas iban hábilmente gobernadas, pero con especialidad la de los donostiarras.

Carril se le veía alentar a su gente, a la vez que llevaba la lancha magistralmente guiada, sin que en todo el recorrido se notase la más mínima guiñada.

Los nuestros, animados con la ventaja que habían sacado a los ondarreses bogaban con furia, pero sin que se notase en ellos gran fatiga.

Cuando pasábamos frente a Saturran, la trainera de los intrépidos donostiarras había dejado a su competidora 62 metros atrás.

Desde entonces fué en aumento la ventaja hasta llegar a la meta.

Los donostiarras tocaban en las valizas de llegada a la una y treinta y seis minutos, mientras sus competidores llegaban un minuto y veintiocho segundos más tarde.

Nuestros marinos levantaron los remos en señal de triunfo y una explosión de aplausos sonó en el *Mamelena* que nos conducía.

Habían tardado en hacer el recorrido ochenta y un minutos.

La lancha que tripulaban era la del patrón conocido por el apodo de *Pólcora*.

Inmediatamente los donostiarras se trasladaron a bordo del vapor que nos conducía a nosotros en cuyas bodegas procederían a mudarse de algunas prendas de su vestuario, se les dió una taza de caldo y carne de gallina; bebiéron un poco de vino y subieron a cubierta, donde estuvierón conversando con nosotros como si hubiéramos salido a una expedición por mar, pues no se notaba en ellos el cansancio que se esperaba; sólo se reflejaba en sus semblantes la emoción y alegría de que estaban poseídos por haber sido vencedores en la lid.

Los ondarreses fueron también trasladados a uno de los remolcadores, y cuando nos disponíamos a partir, el Sr. Lafarrate que formaba parte de la comisión nos dijo:

«Dispensar si inconscientemente hemos faltado en algo; ya sabéis que por mar y por tierra seremos siempre buenos amigos, y más que amigos hermanos.»

Nosotros contestamos que esos serían siempre nuestros deseos, y a seguida el *Mamelena* hizo rumbo a este puerto, y cuando entramos en la bahía el golpe de vista que presentaba el muelle era grandioso.

Lo demás ya debe saberlo usted; pues yo apenas me doy cuenta de lo que ha pasado; tal es la emoción que me ha causado la victoria.

No concluiré sin encargarle de las gracias al pueblo lequeitiano, desde las columnas de su periódico, por las distinciones de que han hecho objeto a nuestros remeros y por la hospitalidad que a todos nos han prestado.—*Rubio.*

**En nuestra ciudad**

Por nuestro suplemento se supieron las primeras noticias de la lucha.

En él anunciábase el triunfo de nuestros valientes marinos, y la gente lo quitaba de las manos a los chicos que lo vendían.

Inmediatamente nos trasladamos al muelle, y a nuestro paso por la calle de Andía, vimos que en los balcones de la popular sociedad La Fraternal estaban poniéndose las colgaduras e izándose la bandera.

Corrimos presurosos, y al llegar al muelle establecimos nuestro centro de operaciones en el edificio de Obras públicas.

**En el barrio de Jarana**

Gracias a la galantería de un amigo nuestro, podíamos ver desde un mirador todo lo que pasaba en el muelle, parque de Alderdi-eder y paseo de la Concha.

Todos los habitantes de nuestra ciudad acudían allí para presenciar la triunfal entrada de los valientes campeones.

Avalanchas de gente iban llegando al muelle y todos se disponían a colocarse en los mejores sitios.

En las ventanas de algunas casas veíanse a muchas mujeres que se desgañitaban y tocaban algunas campanillas.

En la Sociedad Artesana apareció un cortinón en que se leía:

¡Viva gularrak!

En las casas de los pescadores iban apareciendo multitud de banderas, y en un telón encarnado que se colgó, se leía:

Ongui-eborriyak zeratela Luis eta lera cuadrilla.

Gaur ecarri digusute vec donostiyara glorria.

En la casa del popular Carril, y en una de las ventanas fueron enarboladas dos banderas y una cortina en la que vimos la siguiente inscripción:

¡Vivan los invencibles de San Sebastián!

En el entretanto el público, ávido de verlo todo, se apiñaba en el muelle, hasta el punto de no poder dar un paso sin exponerse a que le reventasen a uno un callo.

La gente discurría de un lado a otro, y en todos los semblantes se veían retratados la alegría a la vez que impaciencia por la tardanza en llegar los remeros vencedores.

Unas ocho traineras salieron a recibir a los vencedores; la primera que asomó por la boca de nuestra dársena, oyó bravos aplausos del público que se agolpaba en el muelle de Calarrriba.

El clásico tamboril llegó al muelle y a sus acordes bailó la gente joven hasta dejarlo de sobra.

«No vayamos a trabajar!» gritaba una rubia muy barbú, cigarrera por más señas.

«¡Aun cuando nos despidan! repeta otra de ojos negros, por cierto muy bonita.»

«¡Oiga usted, periodista, nos decía una preciosa joven, a ver si mañana «nos dá usted mucho bombos.»

«Diré todo lo que vea y sepa, la contestamos.»

«¡Bueno! ya compraré La Voz para ver lo que cuenta de «nuestra victoria.»

«¡Diez duros a favor de Ondárroa! decía un guasón.»

En este momento un bote, que debía venir de la pesca del chipirón, enarbolaba una bandera que habían improvisado con un remo y un tapabocas.

Algunos jóvenes ostentaban en las boinas y prendidos con alfileres la última línea del suplemento que habíamos publicado, en la que se leía en gruesos caracteres de imprenta:

¡Viva Donostiyal!

A las tres se vio entrar la oanda de la música municipal que tocaba un bonito padoble.

El público, entre el que reinaba gran entusiasmo, saludó con una salva de aplausos a nuestra magistral banda que con su joven e inteligente director a la cabeza fué a situarse frente a la casa de Luis Carril, embarcándose más tarde en un lanchón preparado al efecto, para recibir con sus acordes a los nobles vencedores.

«Ya están ahí! decía la multitud, y la gente corrió presurosa, pero vió que venía un lanchón tripulado por pescadores de Motrico, que traía izada la bandera española en señal de victoria.

«¿Qué hay por la Pescadería? preguntamos a una jamona que expende pescado en aquel edificio.»

«Ahora nada, porque se nos ha roto la cuerda de la campana de tanto tocary aquello ha quedado desierto.»

De pronto nos vimos cogidos por una mano, volvimos la cabeza y nos encontramos con una pescadora que poco menos que arrojándonos nos llevó hasta un portal y nos dijo, enseñándonos un delantal de raso que ostentaba la inscripción

*Eregutu Donostiarren-gatik.*

«Mire usted; este se lo vamos a regalar ahora mismo al Cristo de la iglesia de Santa María, y quiero que lo ponga en el *pedicudo*».

Sacamos nuestro lápiz; tomamos nota de la inscripción, y prometimos complacer sus deseos.

Al separarnos de ella vimos que en el monumento erigido por nuestros marinos a la me-

moria de *Mari*, se estaba izando una bandera.

La gente que presenciaba esto alto, prorrumpió en atronadoras salvas de aplausos y se oyeron gritos de ¡vivan los invencibles donostiarras!

La multitud de curiosos que iba y venía de un lado a otro, oyó pitar al vapor que traía a bordo a los vencedores y entonces fué cuando el entusiasmo rayó en delirio; todo el mundo corría de un lado a otro. Eran las cuatro y cuarto.

El *Mamelena* número 3 deslizábase avanzando en dirección a nuestra bahía, y las aguas permanecían tranquilas como si quisieran tomar parte en el triunfo por los donostiarras logrado.

De pronto paró su máquina y nuestros marinos pasaron a tripular la lancha que había servido para alcanzar la victoria.

Bogaron con bríos, y al entrar en la dársena: un aplauso unánime sonó por todas partes, mientras los cohetes surcaban el espacio atroz, naban los oídos con sus disparos.

Uno de los valientes marinos que había tomado parte en la regata enarbolaba una especie de estándar formado por un cuadro forrado de peluch, y en el que se veía en primer término un ramo de bellotas de plata sobredorada y en el centro, esta inscripción también del mismo metal.

*Donostiarreazako esku igurciza, Osto polit polit bat ondo mereciza, Mendatatu duzako Ondarrira gusiza.*

*Donostian 1890 garren urteko Azaroaren 23-án.* El vapor *Mamelena* venía empavesado gallardamente.

Tras de la trainera de los vencedores venían todas las lanchas que habían salido a esperarlos, y algunas lucían banderas improvisadas con alfileres.

Saltar el bravo patrón a tierra y ser cogido en hombros por la multitud, fué todo obra de un momento.

En esta forma fué conducido a su casa, entre vitores y aclamaciones de todos, y los acordes de un zarzuko que desde la aparición de los vencedores tocaba la banda municipal.

**En la casa de Carril**

Las estrechas escaleras de la casa que habitaba la familia del patrón Carril veíanse a todos los individuos que la componen, que se arrojaron en sus brazos besándole con efusión.

Enseguida fué presentado al alcalde D. Victor Lopez Samaniego y a D. José Machimbarrena, así como a la familia del primero, quienes subieron a la humilde casa del pescador.

Ambos estrecharon con efusión la mano de Carril y le felicitaron por la victoria alcanzada.

Sentóse, sin demostrar fatiga ni cansancio, y tomó un poco de vino con unas galletas.

Personas respetables y conocidísimas en San Sebastián subieron a saludar al héroe, y hubo muchos que no se contentaban con estrechar su mano, sino que lo besaban y abrazaban con el más grande entusiasmo.

¡Qué se asome Carril! gritaba la inmensa masa de gente que se agrupaba en los alrededores; y Carril tuvo que salir.

Verlo el público y prorrumpir en vivas y aplausos, todo fué uno.

Por tres veces tuvo que salir a la ventana, y otras tantas se repitieron los vivas.

La gente fué desfilando por delante de la casa del patrón Carril.

Cuando nos retiramos de aquel lugar, en donde todo era alegría, continuaban menudeando las visitas.

Se calcula que habría en los diferentes puntos del muelle, parque de Alderdi-eder y paseo del castillo, unas 8.000 personas.

**Los festejos**

Ya anunciaba cuando vimos que los balcones de algunas casas estaban colgados.

El establecimiento de nuestro amigo don Francisco Irastorza quien en esta ocasión ha sido general en jefe de nuestros remeros y ha contribuido a la victoria, estaba iluminada a la venciencia.

En el barrio de la Jarana hubo música y toro de fuego; la gente joven acudió allí a divertirse.

En el kiosko del Gran Casino tocó piezas ballables la banda municipal, y el elemento joven de nuestra ciudad convirtió el parque de Alderdi-eder en un salón de baile.

Se soltaron algunos globos y se dispararon un sinnúmero de cohetes.

En la Artesana se organizó un banquete, para solemnizar el triunfo alcanzado, donde se brindó por la gente marina y por los vencedores.

Muchas casas de la calle Mayor estaban iluminadas.

A las doce de la noche todavía seguía el jaleo; varios jóvenes bailaban en la calle de Pu-

**LA HIJA DEL SANTERO**

POR Angel María Castell.

calor y se desabrocha la chaqueta. Se pára, vacila, aprieta los pies contra el pavimento, se agarra con ambas manos a la pared mientras muere el cigarro y chupa con más fuerza. Le parece que dentro de la cabeza tiene algo extraño que le golpea, respira con dificultad, casi se acocgoja, se le doblan las piernas, se le nubla la vista. Por fin, uae al suelo murmurando: «¡valiente borrachera he cogido!»

Duerme y sueña que está en el café, luego en un baile y lleva en los brazos a una mujer hermosa, muy hermosa, después pasea en coche por la Castellana, más tarde entra en casa de Ansoarena y compra una sortija con cristallitos de los que tanto relucen; por último, va a la taberna, bebe aguardiente, fuma, se emborracha, se cae....

Cuando despierta es de día. Sienece frío y busca el calor del sol.

Recuerda la noche pasada y piensa: «Si yo tuviera mucho dinero me emborracharía todas las noches. Y daría dinero a los pobres para que también se emborracharan.»

Estos pilletes hacen punto de explotación las estaciones de los ferrocarriles.

En la del Norte estaba *Nete*, diminutivo del diminutivo Antonete, bautizado así por obra y gracia de sus compañeros de profesión.

Salían los viajeros y una kábila de granujillas se ofrecían a todos para llevar el equipage.

Cópole la suerte a *Nete* de encontrar un parroquiano, mejor dicho una parroquiana.

«Oye, muchacho, ¿sabes de una casa de huéspedes que sea de confianza?»

—¡Ya lo creo! Y en buen sitio. En la calle de Hortaleza.

—Pues guíame.

—Y Carmen entró en Madrid guiada por *Nete*.

**En la Cervecería**

El gusto moderno—mejor debiéramos llamarle del día—porqué por moderno entendemos también lo que no abarca la precisión del momento, va desterrando de los cafés el exceso de lujo. Entre las muchas y muy malas importaciones del extranjero, algunas, muy pocas, son aceptables y la cerveza que sustituye al café, es una de ellas.

Cuatro paredes lisas y cuatro brazos sencillos de metal con bombas opales, sin hacimiento de dorados, pinturas y espejos constituyen el adorno de las nuevas cervecerías; agréguese a esto un servicio esmerado y se comprenderá la preferencia que dan a estos establecimientos los que no pueden resignarse al café casero y necesitan, para que les aproveche, saborearle entre charla y humo de los cigarros y a la vista de las clásicas gotas de esa composición química de todos los diablos que los cafeteros conceden al parroquiano a guisa de propina.

Fumar, pintorrear el mármol de la mesa y hacer bailar el metálico platillo entre sor-

bo y sorbo será un placer tonto, pero es, al fin, placer.

Los escritores son los que hasta ahora frecuentan con más asiduidad las cervecerías. Los escritores franceses, algunos, se someten a la acción del ajeno antes de escribir; nosotros apelamos al café, no buscando en él inspiración, sino medios de ahuyentar a Morfeo, pero la calidad del café ó acaso nuestra predisposición hace, a pesar de todo y de la taza de moka, que nos durmamos como beneditos.

La cervecería suiza es una de las más favorecidas de la corte. Entremos en ella a las tres de la tarde y la encontraremos rebosando gente. No se ve una sola mujer. Hay que aplaudir el retraimiento. El papel más desairado le hace la mujer en un café. No fuma ó no debe fumar; habla poco porque es de suyo comedida allí donde la observan; no se rie porque pierde su seriedad si se rie con la despreocupación que el hombre; no canta y no lee, porque de todo periódico únicamente lee la mujer la parte más exigua: el folletín.

Hay, sin embargo, mujeres que pasan algunas horas de la noche en los cafés por el